

El ritmo y la ley materna en la subjetivación y en la clínica in-fantil¹



VÍCTOR GUERRA²

La clínica actual referida al trabajo con niños, especialmente con los llamados tempranos o de primera infancia (cero a tres años), ha permitido recibir consultas que revelan una forma peculiar de estructuración psíquica. Me refiero al aumento de las consultas por niños con dificultades importantes en la construcción de su proceso de subjetivación. Muchos de estos niños que son abordados inicialmente por neuropediatras o psiquiatras infantiles (que no tienen una referencia teórica psicoanalítica) son diagnosticados con *trastornos generalizados del desarrollo no específicos* o en «sospecha» de *trastorno del espectro autista*. De esta manera, se insiste en que los psicoanalistas poco podemos hacer al respecto e, inclusive, en muchas situaciones se desaconseja nuestra consulta, elemento que ha llevado, por ejemplo, al psicoanalista Bernad Golse a titular su libro dedicado al tema: «Mi combate por lo niños autistas»...

En el campo analítico infantil hay una larga tradición de autores que se han dedicado al trabajo con estas formas tan graves de funcionamiento psíquico. Por ejemplo, la llamada «escuela inglesa» —con autores como Meltzer, Tustin y otros colegas de Tavistock Clinic, como Álvarez— ha aportado reflexiones muy válidas al respecto³.

- 1 Este artículo es una reelaboración del trabajo presentado en el Coloquio Homenaje «René Roussillon en transition. Le jeu en partage», Lyon, Francia, 2014.
- 2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. vguerra@internet.com.uy
- 3 Recomiendo, asimismo, por ejemplo, la lectura de los trabajos de Cuore (2013), Pereira da Silva (2013), Press (2014), Bonifacino (2014), Woscoboinik (2008), con muy interesantes abordajes psicoanalíticos de algunas de estas presentaciones de patologías graves en la primera infancia.

Asimismo, es necesario reconocer que, muchas veces, algunos psicoanalistas han incurrido en hipótesis *duras* sobre la etiología del trastorno, jerarquizando excesivamente el polo materno, casi como responsable directo de la gestación de dicha patología. Esto lleva a que nosotros podamos hacer también una autocrítica al respecto y reconsiderar nuestras hipótesis resignificando el fecundo concepto freudiano de «series complementarias», en el cual la disposición constitucional tiene también su peso en el cuadro clínico.

Reconsiderar las hipótesis significa también visitar las teorías, reconsiderar desde qué posición gestamos nuestra escucha de los casos y cómo dialogamos con la clínica y con los autores que nos habitan.

En este trabajo, antes de transmitir mi posicionamiento analítico en esta clínica tan particular, entiendo importante transitar por la relación con las teorías y los autores, ya que ello, insisto, puede condicionar directamente la forma como abordamos el caso.

Pretendo transmitir que la relación con las teorías, cuando es fecunda, forma parte de un tránsito, de un movimiento de ideas que habilitan el viaje que iniciamos cada sesión con el paciente.

Por ello, partiré de una anécdota personal con alguien que en algunas cosas para mí fue un maestro: Héctor Garbarino. En cierta ocasión —yo era bastante más joven y estaba ansioso ante la presentación de un trabajo que supervisaba con él— me obsequió una frase que me marcó: «No se preocupe, Víctor, recuerde que los trabajos no son más que ideas en tránsito».

Ideas en tránsito... ideas en movimiento sin detención definitiva... continua transformación... fecundidad... maleabilidad... dudas... vacilaciones... certezas... opacidades... viaje... deriva abierta a lo desconocido... porosidad con el inconsciente.

Así es para mí el diálogo con un autor: un tránsito de ideas en común, que nos unen y nos separan, que nos encuentran y nos pierden en un ritmo de pensamiento, elementos que forman parte de mi disposición analítica en la clínica.

DE MARES E ISLAS

Y esto nos lleva a pensar: ¿Qué es la disposición analítica? ¿De donde nos viene, cómo se funda? ¿Cómo se crea? ¿Cómo se pierde y cómo se encuentra?

Podemos pensar dicha disposición entendida como una posición, un estado interior, un estado de la mente que ya Freud incluyó en el concepto de «atención flotante», que está en estrecha relación con la «capacidad negativa», en el sentido original de la misma que aportara el poeta J. Keats (y que fuera retomada fecundamente por W. Bion).

J. Keats, en una carta a sus hermanos escrita a los veintidós años, dice:

La excelencia del arte es su intensidad, capaz de hacer que todo lo desagradable se evapore al hallarse en estrecha relación con la belleza y la verdad [...] de pronto me sobrecogió esa cualidad que Shakespeare poseía tan grandemente; quiero decir *capacidad negativa*, o sea, cuando un hombre es capaz de ser en la incertidumbre, los misterios, las dudas, sin ninguna irritada búsqueda tras los hechos y las razones [...]. (Hughton, 2003)

Hay algo del sujeto que se resiste al pasaje directo a la palabra y que se puede expresar a veces en intensidades pulsionales encarnadas en el cuerpo: un cruce de miradas, la fuerza de una respiración, la presencia de un suspiro, un silencio significativo... Decires del cuerpo que semiotizan el camino de la *pulsión mensajera* en *estado más puro, más naciente...* y la *capacidad negativa* del analista sería una forma de receptividad de esa fuerza primaria, materia prima de la vida psíquica.

Podemos pensar que la disposición analítica forma parte de un ritmo, de un movimiento incierto, de un vaivén entre esta disposición a la *capacidad negativa* (unida a la *atención flotante*), a través de la cual viajamos por las mareas de las sensaciones y las asociaciones, y también por el recurso a la teoría.

Las teorías serían algunas islas de las cuales (en nuestro viaje en la sesión) tomamos alimentos, víveres, que nos permitan continuar flotando a la deriva en el viaje que realizamos con el paciente; viaje analítico con barcos separados que muchas veces se unen y otras se separan; a veces la niebla nos aleja, a veces la brisa nos reencuentra...

Viaje... incertidumbre... ritmo... deriva... tormenta... descubrimiento... son palabras-guía de la bitácora de viaje de todo análisis...

Están, entonces, las «islas teóricas», y una a la que recurro —por la que «paseo y dialogo»— se llama René Roussillon. En esa isla uno encuentra muchas cosas: artículos, libros, reflexiones y riesgos... los mismos riesgos

de las otras islas (algunas se llaman W. Baranger, H. Garbarino, H. Mal-diney, D. Winnicott, J. Keats, W. Bion, S. Freud, etc.).

Y uno de los riesgos posibles es que si nos fascinamos y tratamos de descansar en ellas y hospedarnos demasiado, nuestro barco queda deteni-do en ese puerto y el paciente sigue su viaje por esos mares solo mientras lo miramos desde lejos, no navegamos junto a él.

Desde la «isla teórica», cómodamente instalados, solo apreciamos al paciente con largavistas, y así lo perdemos en el horizonte... ganamos en comodidad y en certezas, perdemos al paciente y perdemos la oportunidad de descubrir nuevas islas desconocidas, para lo cual tenemos que explorar, crear nombres, conceptualizar, dejarnos conceptualizar...

Hace años, cuando en mis lecturas *visito* esa isla llamada Roussillon —reitero: *visito*, paseo, diálogo y parto...—, en mi partida me llevo conmigo algunos objetos teóricos, «objetos náuticos» que me ayudan en mi deriva con el paciente... La lista sería larga; por enumerar algunos de ellos, diría: *simbolización primaria y secundaria, metapsicología de la presencia, homo-sexualidad primaria en doble, sufrimiento narcisista-identitario, pulsión mensajera, maleabilidad psíquica, ritmo*, etc.

Y hoy aquí quiero hablar de uno de esos «objetos», que es el **ritmo**, y trataré de articular este concepto teórico con la casuística que he men-cionado al inicio.

RITMO Y LEY MATERNA

Desde hace muchos años me he interesado en el papel del ritmo en la vida psíquica. En un grupo de investigación sobre la observación del vínculo madre-bebé en los primeros días de vida, sosteníamos que el ritmo era el organizador de la angustia del bebé y que el adulto que cuida de un bebé apela a dos formas de ritmo: básico e interactivo. El **ritmo básico** apuntaría a una experiencia cercana a la fusión porque mantiene su regularidad, con pocas modificaciones y rupturas, y es el que utiliza la madre en el momento del dormir del bebé. Y el **ritmo interactivo**, por el contrario, se caracteriza por un juego de continuidad-discontinuidad, ya que introduce variaciones en el ritmo y apunta a que el bebé esté alerta, atento y coparticipando de su entorno (Díaz Rossello, Guerra, Rodríguez, Strauch y Bernardi, 1991).

Es muy interesante la coincidencia que puede operar entre diferentes perspectivas teóricas, ya que, por ejemplo, Abraham y Torok (1987) sostiene que hay un ritmo que caracteriza la «fusión» con la madre y que la búsqueda de un ritmo regular con repetición de la misma estructura correspondería a un deseo de fusión total, pero de una manera letal.

Esto nos lleva a pensar en los aportes de Freud (1920/1976) en relación con la pulsión de muerte como «eterno retorno de lo igual», es decir, un ritmo que no se abre al otro —que no se abre a lo nuevo, a la sorpresa del encuentro— llevaría al sujeto una forma de «narcisismo tanático» (Garbarino, 1986).

Pero, volviendo a los aportes de Abraham, él sostenía la importancia de pensar un **ritmo «impar»** que correspondería al deseo de separación, de autonomía. Sería, entonces, un juego permanente y estructurante entre lo mismo y lo diferente, entre lo conocido y lo sorpresivo (inédito), que podría estar en la base tanto de la subjetivación del bebé como de la creación en el arte.

He citado al Freud de 1920, que se interroga sobre el ritmo letal de la repetición, y ya anteriormente Freud, con el análisis del *fort-da*, nos brindó el aspecto estructurante de la repetición rítmica del juego infantil. El niño repite para elaborar, para integrar, para potenciar el trabajo de síntesis del Yo.

Sin embargo, también quiero resaltar en esto el papel de Roussillon. En su libro *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis* (1995), hace un análisis remarcable del ritmo en la vida psíquica y en la obra de Freud, especialmente en el «Proyecto de una psicología para neurólogos», con el concepto de *período*.

Al hablar del traumatismo psíquico, dice que «el traumatismo psíquico, el dolor, va a ser pensable como fracaso de esta solución de socorro. Su figura típica es la disritmia». Y pasa a hablar de una posible «ley del ritmo biológico»; específicamente, aporta: «Podríamos anticipar que se trata de la ley materna, ley del respeto del ritmo propio tan faltante en las patologías narcisistas», e insiste en pensar: «el traumatismo como efecto de una disritmia, de un no respeto de la ley biológica, del ritmo propio del sujeto».

La frase me sorprendió, me impactó porque abrió un abanico de hipótesis... Sabemos de los aportes de la escuela lacaniana con relación

a la fundamental ley paterna como marca de separación y posibilidad de que el niño pueda acceder a su deseo y la madre a la incompletud, pero ¿por qué no pensar, con Roussillon, que dialécticamente opera una ley materna?

Sé que es un punto polémico hablar de la una ley materna, pero considero que es una forma (a través de procesos empáticos) de regular (como lo hace toda ley) algún aspecto del funcionamiento del sujeto, para posibilitar la convivencia con los otros. Y la «ley materna del encuentro» es para mí un principio organizador de la vida afectiva con el bebé como incipiente sujeto, que muchas veces se encuentra severamente distorsionado en las patologías tempranas que he mencionado.

¿Cómo opera esto en la clínica infantil? El propio Roussillon (1995) da una pista cuando habla de la apropiación yoica de parte del niño:

Es el ritmo propio del niño, el **respeto de su tiempo** el que viene a apuntalar esta apropiación yoica. A un ritmo demasiado rápido, el niño se sentirá desposeído, licuado, inconsistente, enfrentado a una angustia de vaciamiento, de evacuación, podría entonces tras-tornarla sobre sí en una defensa paradójica, en lugar de reflexionarlas. A un ritmo demasiado lento, la experiencia perderá su sentido, su valor y su vida, y el objeto intermedio se perderá en la noche del tiempo, movilizandando las angustias de pérdida de objeto y de abandono.

En mi experiencia de trabajo analítico desde hace años en estas *presentaciones*⁴ graves tempranas que prefiero nominar como «**Trastornos de estructuración arcaica**»⁵, habría un desencuentro primario de los ritmos, territorio de la disritmia, que tiene efectos desestructurantes en la subjetivación y condiciona en parte el «acceso de la ley paterna».

4 Utilizo el término *presentación* del caso que recibimos porque sería la forma en la que el niño y sus padres transmiten, presentan, su sufrimiento. Además, el aspecto evolutivo es de suma importancia, ya que siendo la subjetivación *in-fantil* un «proceso en gerundio», el tiempo abierto de su subjetivación antes de la «estructuración» de la latencia abre una posibilidad mayor de permeabilidad de cambio.

5 La descripción y el análisis de esta forma de sufrimiento infantil forma parte de un trabajo que está en vías de elaboración: «Trastorno de estructuración arcaica: una forma fallida de la subjetivación *in-fantil*».

Esto se ha unido a mis propias reflexiones sobre la función del ritmo en la vida psíquica y la importancia que le adjudican desde distintas posiciones teóricas diferentes autores: Bernardi, Díaz Rossello y Schkolnik (1986); Golse (2006); Marcelli (2000); Ciccone (2005); Haag (2004); Maldiney (1974); Prat (2007); Thouret (2004); Missonnier (2007); Brun (2007); Goldbeter (2010); Abraham y Torok (1987); Gratier (2001); Tervarthen y Gratier (2005); Cabanelas, Eslava, J., Eslava, C. y Polonio (2007), etc.

El ritmo sería uno de los primeros organizadores del encuentro intersubjetivo, base del advenimiento del bebé como ser humano. El «respeto del ritmo propio del sujeto» sería lo que permitiría un segundo punto fundamental, que es la *co-creación* de un ritmo en común.

Madre-bebé, padre-bebé van conformando un ritmo en común, como una música necesaria y fundante de la danza de la subjetivación, danza que tiene como instrumento central la comunicación y el lenguaje corporal.

Meshonic (2009) nos recuerda el rol decisivo del cuerpo: «es el cuerpo que habla. Un gesto, una postura, una expresión particular, una mímica, una voz, una entonación, sean cual sean las variables. Hablamos con las manos, con el rostro». Y esta comunicación básica es parte del necesario «compartir estético y emocional» (Roussillon, 2004) que habilitará las primeras formas de «simbolización en presencia» (Roussillon, 2010), experiencia fundante que posibilitará la elaboración de la ausencia y el acceso a la representación del objeto.

Pero esta experiencia rítmica subjetivante es la posibilidad también de crear una propia lengua —una lengua primaria, territorio de lo *in-fans* sobre los que relatara Pontalis (2008) (que precede a la «tiranía de las palabras»)— de la cual somos exiliados (Gómez Mango, 2009) y a la cual retornamos, por ejemplo, en la escena del amor, de la pasión, del arte, del análisis y del contacto con un bebé.

Ese ritmo en común que llamamos «ritmicidad conjunta» irá pulsando los pares dialécticos presencia-ausencia, continuidad-discontinuidad, articulados con la palabra. Como dice la escritora S. Hustvdt (1999):

No se puede tener presencia sin ausencia y el propio lenguaje nace de ese ritmo. Las palabras pueden interpelar a aquello que falta. ¿Dónde habitan las palabras si no en una zona situada entre presencia y ausencia? (p. 124)

A esa zona entre presencia y ausencia ella la denomina «entre-idad», y allí la palabra es compañera inseparable del ritmo en el proceso de subjetivación. «Nacemos a la vida psíquica» (Ciccone, 2005) en un encuentro de ritmos que se abre a la significación naciente de la palabra.

En el viaje de nuestras ideas, partiendo de la «isla teórica» llamada Roussillon, «arribamos» a nuestra propia perspectiva, desde la cual pensamos «la ley materna del encuentro» desde tres aspectos:

1. Respeto por el ritmo propio del sujeto y co-creación de un ritmo en común.
2. Espejamiento, traducción y transformación de sus vivencias afectivas.
3. Pasaje a la palabra, al juego y al tercero.

Espejamiento y traducción de las vivencias son condiciones esenciales y fundantes de la constitución subjetiva. Sobre el espejamiento no voy a explayarme porque ya conocemos los grandes aportes —por ejemplo, de Winnicott (1971)— al respecto. Querría, sí, decir algunas palabras en relación con la traducción, o «función traductiva».

Podemos pensar que quien se encarga del cuidado de un bebé desde el alba de la subjetivación, en la medida que pueda establecer una ligazón libidinal con él, tratará de dar un sentido a los gestos corporales que él emite. Allí se instala tanto la «violencia de la interpretación» como el «placer de traducción». Sostengo que la madre, al encontrarse con su bebé, tiene una necesidad de construir una lengua propia, exclusiva, que después debe abrir a los otros y abandonar.

Por otra parte, ese placer del «trabajo de traducción» posibilitará entramar un placer de contacto, una verdadera «estética de la subjetivación» que le permita tolerar la «violencia de lo arcaico» (Guerra, 2013); violencia entendida en relación con la madre, que debe «desalojar» su *self* adulto, abandonar su ritmo de vida común y revisitar sus experiencias infantiles, su forma de comunicación primaria, *infans* que la expone a diversas sensaciones de fragilidad, incerteza, vulnerabilidad...

El placer de traducción la confirmaría como aquella que pueda conocer, entender, tener la ilusión de un saber único que detenta junto al padre (en el mejor de los casos), con respecto a su bebé.

Pero ¿por qué traducir? ¿Qué se busca con ello? ¿Qué efecto puede tener en el bebé? Para intentar responderlo, buscaremos las palabras de Susann Sontag (1993):

En su origen (al menos en inglés), la traducción [*translation*] versaba sobre la mayor diferencia de todas: la diferencia entre estar vivo y muerto. Traducir es, en sentido etimológico, transferir, eliminar, desplazar, transportar. ¿Con que fin? Con el de ser rescatado, de la muerte o extinción. (p. 377)

De esta manera, podemos pensar que el bebé tiene necesidad de ser traducido para hacer el pasaje, el desplazamiento del cuerpo biológico a la significación erógena de la vida psíquica, y así compartir códigos de intercambio simbólico con los otros. El «estilo traductivo» de cada madre nos hablará de su propia historia y de qué lugar ocupa este bebé en su mundo fantasmático.

Todo esto muestra el valor de la palabra y del movimiento representacional en la constitución subjetiva y nos abre campo al tercer elemento de la «ley materna del encuentro», que es la apertura al tercero.

APERTURA A LA PALABRA, AL JUEGO Y AL TERCERO

Este aspecto de apertura al tercero no implica solamente una forma de expresión del escenario del deseo materno y su atravesamiento por la castración, sino también que ella permita en lo concreto que el padre y otros puedan ocupar el espacio del bebé, y ella acepte su incompletud.

Pero, junto a ello, incide un aspecto fundamental, que sería la presencia de «objetos terceros» que preanuncien la presencia y función del padre. Me refiero al papel del juego, con la introducción de diferentes objetos (que denomino objetos tutores) que devienen depositarios y *testigos* del devenir pulsional del bebé y de ella misma (Guerra, 2010).

Ya no es el cuerpo materno la zona privilegiada de contención y placer con el bebé, ni tampoco el propio cuerpo del bebé a través de su autoerotismo, sino que el desplazamiento de la libido busca en el espacio los objetos, los juguetes, el espacio transicional, que une y separa a la madre y el bebé.

Asimismo, la disposición lúdica materna ya entrama una forma de *interdicción*. Al introducir juguetes o elaborar juegos compartidos como el

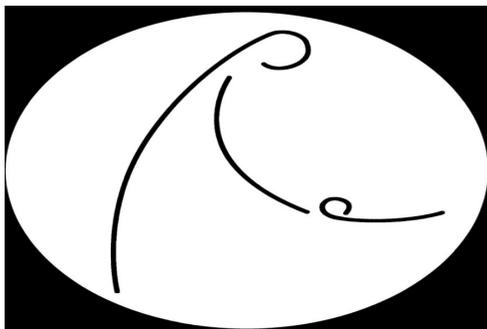
juego de escondida, la madre le transmite al bebé que ella ya no es todo para él y que hay un horizonte libidinal más allá de su cuerpo y de su presencia.

Esta gama de experiencias fundantes las denomino como *interludicidad*, o la disponibilidad de compartir una experiencia lúdica que co-crean ambos, desde la cual se entrelazan: encuentro intersubjetivo (el compartir emocional), placer libidinal, creación e interdicción (Guerra, 2014).

Es desde este territorio que se gesta también la entrada del tercero (padre)...

Si bien este tema ha sido desarrollado ampliamente desde diferentes teorías, el arte puede a veces, en una imagen, graficar los procesos.

Un dibujo realizado por el artista plástico Milton Mattos en apenas tres líneas nos abre al concepto. Tiene como título *Tres líneas en ritmo*.



Podríamos decir que el artista sorprendió a la diada en un instante de transición, de pasaje, de cambio.

La atención de la madre se ubica en relación con el cuerpo del bebé, pero no lo toca con su mano, lo toca atencionalmente. La atención del bebé, en cambio, está orientada hacia un espacio tercero, algo que no es su cuerpo ni el de su madre. Están unidos y separados al mismo tiempo. Más allá del espacio entre ellos, más allá de la separación, el dibujo transmite una armonía, un movimiento en común.

Un movimiento materno parece continuarse en el movimiento del bebé... ¿Podríamos pensar que es un *ritmo* el que se continúa? ¿Hacia dónde? ¿Buscando qué...? ¿O a quién?

LAS DERIVAS DE LA CLÍNICA EN LA ESTRUCTURACIÓN ARCAICA

Sigamos el tránsito del texto y ahora llevemos nuestra deriva hacia la clínica para pensar una situación clínica de una dificultad temprana importante del proceso de subjetivación («Trastorno de estructuración arcaica»).

Hace un tiempo, recibo la llamada intensa, angustiada, de una madre que me pide una consulta por su hijo G., de diecinueve meses. No tengo horas libres en el momento, le sugiero el nombre de una colega, pero me insiste en que prefiere esperar para consultar conmigo.

Los recibo unos cuantos días después. Concurren la mamá, el papá y el pequeño G. Parece un chiquito hermoso, ansioso, extraño. Los padres me saludan y lo presentan, pero él no me mira a los ojos. Dirige precipitadamente su mirada hacia una fuente de luz. Yo le hablo suavemente desde la puerta y menciono lo linda que es para él la luz y que todo es nuevo y no sabe quién soy yo...

Los padres me miran, nerviosos. G. se baja de los brazos de la madre y sale corriendo hacia el corredor de mi consultorio. Entran, se sientan. G. no me mira y mira las luces del techo, se balancea en puntas de pie y parece agitar los brazos. Yo lo miro, miro a los padres y hago un gesto de que los escucho.

Una voz muy nerviosa sale de la madre, y habla de que están muy preocupados porque G. es muy diferente a otros bebés, no mira a los ojos, se agita mucho, es muy difícil de calmar. Pensaban que podía tener problemas de audición, pero muchas veces parece entender lo que le dicen y le piden, y otras, no. Los desorienta... aunque se calma con la música y la televisión... No saben qué hacer con eso... (El tono de su relato transmite desolación, angustia e impotencia).

A todo esto, G. toma unos autos que dejé sobre el piso para ser usados, los mueve un poco, los da vuelta y queda un rato absorto, adherido a la experiencia de hacer girar sus ruedas... Yo le hablo —retomando lo que dicen los padres, que están preocupados por él— y digo que a él le gusta mucho esa rueda que gira y gira, y no termina nunca (lo dramatizo con las manos). Él me mira de reojo, y esa mirada me habita fugazmente y me conmueve...

La consulta sigue. Mientras relatan diferentes aspectos de la vida y la relación con su hijo, G., agitado, parece intentar jugar con una cocinita

que es parte del material de juego. Abre y cierra la puerta frenéticamente, camina de un lado a otro. El padre se acerca, se sienta en el piso y trata de jugar a preparar comida. G. se frustra intensamente y casi tira la cocinita al piso, el padre lo frena, preocupado, y entonces me cuentan de las rabetas que tiene su hijo, que a veces son tan intensas que llega a pegarse con la mano en la cabeza o a golpear la frente en el piso... No saben por qué él hace eso, y los desorienta muchísimo... El tono de voz es ansioso, evacuativo y desesperado.

Les digo algo relativo a que parece que G. no puede manejar a veces la intensidad de lo que siente dentro, que es como un río intenso de fuerza que querría frenar con el golpe... Los padres me escuchan sorprendidos... pero tengo la sensación de que lo que más les sorprende es que yo busqué un sentido, sin «enloquecerme»...

. G. sigue frenéticamente abriendo y cerrando la puerta. Yo acompaño con palabras muy suaves y hasta dolorosas el gesto de acercamiento del padre; comento nuevamente la intensidad de lo que siente G. y que abre y cierra la puertita como también él se abre y se cierra a estar con nosotros...

Hay un silencio tenso, G. me mira por segunda vez, y su mirada parece más plena... Cuando termina la sesión, mientras se retiran, desde la puerta me vuelve a mirar, y le digo que lo estaré esperando, y los juguetes, también. Al salir, sus ojos se pasean por mi rostro y se rozan con mi mirada para luego fijarse en la luz exterior de la puerta del consultorio...

Cierro la puerta y viene a mi mente una parte de un poema de A. Bekes, que dice: «Hubo al principio un callado coloquio de miradas»... Me quedo solo, con las palabras del poema. ¿Serán ellas mi refugio ante la angustia? Quedo conmovido...

¿DEL RITMO AUTOCENTRADO A LA RUEDA-RUEDA INTERSUBJETIVA?

De los múltiples elementos que podríamos pensar de esta primera sesión, aquí querría jerarquizar el tema del ritmo autocentrado que él se genera a través del girar incesante de las ruedas del auto.

En relación con la hipótesis de la ley materna y del necesario encuentro de ritmos, una de mis preocupaciones fundamentales es cómo encontrar caminos para que ello acontezca.

Me he encontrado pensando sobre los posibles motivos de esa especie de fijación temprana de estos niños por objetos que giran incesantemente. Si bien pueden existir muchas hipótesis al respecto, me inclino más a pensar que es una forma de defensa del estilo de los «procedimiento autocalmantes», pero en un plano autosensorial.

No está ni el otro ni el propio *self*; no sé si podríamos denominarlo *dispositivo antiobjeto* o, más bien, un dispositivo desesperado para encontrar una forma de continuidad sensorial del *self* a través del movimiento perpetuo del objeto.

Así, en una relación de contigüidad sensorial bidimensional (Meltzer y Harris, 2000; Ogden, 1994) se conformaría una precaria vivencia de unidad, siendo uno con el movimiento del objeto. Ante la imposibilidad de cocrear un ritmo con el otro (intersubjetividad), se gesta un ritmo autocentrado bidimensional, perpetuo, y el niño *es* el movimiento y el ritmo.

Por este motivo, con los padres y en presencia de G., intenté transmitir algo de esto y de la importancia de no dejarlo que quede mucho tiempo adherido a ello y que puedan narrar, hablar con palabras suaves lo que perciben de él.

Les recuerdo cómo él me miró a los ojos cuando le hablé suavemente, como si fuera una música.

El padre asiente señalando que él percibe lo mismo y que la música rock que a veces escucha lo agita mucho, pero que si colocan música suave y le hablan en el mismo tono, G. lo mira más, que recién ahora se da cuenta de eso.

Hablo con ellos de entrar en su ritmo a través del tono de voz y de no dejarlo que se encierre en un ritmo motor que parece un refugio... La madre relata llorando que ella muchas veces se desespera y le habla fuerte para que reaccione y la mire, pero que se da cuenta de que él se aísla más.

En ese momento en el que la madre cambió radicalmente su tono de voz, de estridente a dolido, G. se acerca, coloca las manitos sobre las rodillas de la madre, eleva la mirada y hace un gesto de pedir estar a upa.

Todos nos miramos sorprendidos y emocionados, y mirando directamente a G., le traduzco lentamente, con palabras cargadas de emoción, lo que estamos viviendo y le hablo de cómo los padres quieren cambiar para que él acepte estar, así, tranquilo, calmo, junto a ellos.

Siento su mirada que entra dentro de mí y encuentra mi emoción... Quedamos en silencio... Nuestros barcos se tocan. Su mirada ya no está a la deriva, perdida en un océano de sensaciones. Es como si su mirada se anclara en mí y en los padres, como en un puerto que parece tomar forma en la bruma de su subjetividad. El ritmo del encuentro parece llevarnos hacia el mar abierto...

Se suceden las sesiones, y se abren las historias. Los padres relatan las vicisitudes de las dificultades iniciales con G.: mudanzas de vivienda, inestabilidad de los vínculos y progresivo aislamiento objetal del bebé.

A medida que las palabras se conectan con las vivencias en el discurso parental, aumenta en la sesión la conexión emocional y lúdica de G. Así, los padres relatan cambios importantes en su hijo. Cuando llega a la sesión, él me nombra *Ito*, que él viene a jugar a lo de *Ito*. Escucha y me mira con más atención; cuando, caminando, «viaja» por el consultorio con la cocinita y se caen los objetos, él se detiene y los junta, y por momentos hasta evita su caída. Pongo en palabras este cambio. Esto es parte de un juego típico de ese momento. Toma la cocinita que tiene ruedas y sale a pasear por el espacio del consultorio. Al pasar cerca de mí, me mira intensamente y me dice «Tau»; yo le deseo buen viaje y le digo que lo estamos esperando. Sonríe para mis adentros. La separación del objeto parece cobrar espesor en la alquimia de la transferencia. Presencia y ausencia parecen empezar a articularse en el juego de «viajar» dentro del espacio del consultorio, mientras las palabras, las historias, viajan entre los padres y yo.

La madre relata que su familia nota cambios importantes y que ahora le pueden decir que estaban todos preocupados porque se daban cuenta de que G. casi no los miraba a los ojos, y sentían que podía ser algo complicado. Ya no se dedica tanto a dar vueltas los autos... Pero, en ese momento, G. deja la cocinita y toma un camión grande que usa para jugar, lo lleva atrás del sillón de los padres y comienza a hacer girar las ruedas. La madre me mira, ansiosa, y les digo que lo pueden dejar un poco para ver qué hace, que hay que confiar, porque él está mucho más abierto, y se lo pongo en palabras a G.

Los padres siguen hablando e, imprevistamente, G. deja su actividad, se acerca a la madre, le tira su mano y dice «Uea-uea»... La madre le responde con una sonrisa: «¿Querés jugar a la rueda-rueda, acá? —Y co-

menta—: ¡¡Porque empezó a jugar a la rueda-rueda!!». Él hace un gesto de que sí, toma mi mano, me mira y toma la mano del padre. Quedo muy impactado y me doy cuenta, por su mirada, de que G. quiere unirnos en el juego de la rueda-rueda. Seguimos su propuesta y, juntos, armamos el círculo y cantamos la canción, y caemos juntos... La canción dice: «A la rueda-rueda de pan y canela. Dame un vintén, que me voy a la escuela. Vino la maestra, me dio un coscorrón. ¡Que viva la pipa de vino escalón!».

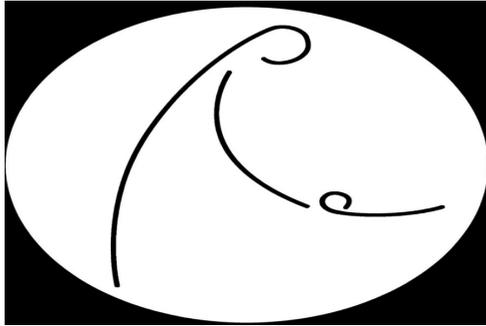
Fue él quien tuvo la iniciativa del juego de la rueda-rueda, círculo de encuentro de miradas, voces y ritmos. Al mismo tiempo, cantamos, giramos tomados de las manos, unidos, nos separamos y también caemos: ¿dramatización del encuentro humano, de caídas, derrumbes, que pueden ser anticipados en el juego y en el ritmo?

La tercera vez que G. pide repetir el juego, doy un paso hacia atrás y dejo que él directamente le tome la mano a su padre para que sigan ellos el ritmo.

El trabajo prosigue. G. continúa avanzando en su proceso de subjetivación, imita graciosamente, aparece la picardía, comienza a hablar y acompaña sus movimientos con palabras. La madre se ve mucho más calma, entrando en otro ritmo con su hijo, y ella misma relata cómo, ahora, tanto para dormirlo como para entretenerse y pasear, integra mucho más la palabra, contándole a G. lo que van a hacer. Ella ha dejado entrar mucho más al padre, quien manifiesta su placer al respecto. Relatan cómo inventaron un juego de escondida cuando llega el padre del trabajo, y G. se esconde con la madre para que el padre los busque. Luego de ser descubierto, padre e hijo pasan un tiempo jugando juntos, en tanto la madre se ocupa de otras cosas.

¿Qué se desprende de esta experiencia? Tal vez un conjunto de vivencias nacientes: escondida... pérdida... ausencia... reencuentro jubiloso... juego... pasaje al padre... todos andamios necesarios para permitir que la palabra *simbolización* cobre espesor vital en el universo psíquico y relacional de G.

Esta apertura a la subjetivación con la entrada del padre podría también, como en un ritmo, llevarnos a *revisitar* el dibujo del artista Milton Mattos, pero acompañado de un poema que escribí al respecto y que tal vez sea otra manera diferente de transmitir, traducir, esta hipótesis «viajera» de la ley materna:



Tres líneas en ritmo

*Tres líneas apenas
ondulantes
ascendentes
descendentes.*

*Tres líneas danzando en el universo de la hoja en blanco.
El círculo de la hoja envuelve la figura, mientras
esta viaja por el papel inaugurando vida.
Inaugura trazo, marca, sentido.
¿Puede apenas una línea vestir de sentido un espacio vacío?*

*En tres líneas,
dos vidas,
una madre que mira a un bebé
que duerme o mira otro espacio.*

*En verdad no importa
si duerme o mira,
importa que, unidos, se están separando.
Porque entre la madre y el bebé
hay un espacio en blanco.
Porque entre la madre y el bebé
pulsa un pequeño vacío:*

*separación,
distancia,
puente,
respiración,
ritmo.*

*¿Que los une en la imagen?
¿El gesto del rostro que mira, que envuelve?,
¿La mano que guía
y se continúa en la curva del cuerpo?*

*Continuidad en la discontinuidad.
Más allá del agujero en blanco,
algo de la madre se continúa:
la ondulación de un ritmo
abierto al otro que espera anhelante,
fuera del cuadro:
¿el Padre? ♦*

RESUMEN

En el presente trabajo, el autor desarrolla el tema del ritmo en la subjetivación y en la clínica infantil. Se hace especial hincapié sobre qué significaría el «diálogo con las teorías», como una forma de co-creación. Se toman los aportes de diferentes autores, especialmente de Roussillon, a partir del cual se reelabora el concepto de *ley materna*. Para ello, se apela también a los aportes del arte (dibujo y poesía) como una forma de aproximación a conceptos que atañen a ciertos fundamentos de la construcción subjetiva.

Se presenta una viñeta clínica de un caso de un bebé y se ejemplifican la importancia del ritmo y de la disritmia en los llamados trastornos de estructuración arcaica, y las premisas analíticas del trabajo con los padres y las vicisitudes de la parentalidad.

Descriptores: RELACIÓN MADRE-BEBÉ / MATERIAL CLÍNICO / AUTISMO / PSICOANALISTA / REVERIE / PADRE / DESAMPARO

Descriptores candidatos: ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA / RITMO

Autores-tema: ROUSSILLON, RENÉ

SUMMARY

The paper discusses the role of rhythm in the process of subjectivization and in the clinical work with children. A special emphasis is placed on the possible meaning of the «dialogue with the theories», as a form of co-creation. The author makes use of contributions from different writers, especially Rousillon, as a starting point to working through the concept of maternal law. For this purpose, the paper also resorts to contributions from art (drawing and poetry) as a way of approaching concepts related to certain foundations of subjective construction.

A clinical material of a baby is introduced in order to discuss examples of the importance of rhythm and dysrhythmia in the so-called disturbances in archaic structuring, and of the analytical premises in the work with parents and of the vicissitudes of parenthood.

Keywords: MOTHER-INFANT RELATIONSHIP / CLINICAL MATERIAL / AUTISM / PSYCHOANALYST /
REVERIE / FATHER / HELPLESSNESS

Candidate keywords: PSYCHIC STRUCTURING PROCESS / RHYTHM

Authors-subject: ROUSSILLON, RENÉ

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, N. et Torok, M. (1987). *L'Ecorce et le Noyau*. Paris: Flammarion.
- Álvarez, A. (2005). *Compañía viva*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Bernardi, R, Díaz Rossello, J. L. y Schkolnik, F. (1986). Ritmos y sincronías en la relación madre-hijo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 61, 93-100.
- Bonifacio, N. (2014). Avatares del devenir sujeto. Clínica psicoanalítica con tempranos. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 119, 57-73.
- Brun, A. (2007). *Médiations thérapeutiques et psychose infantile*. Paris: Dunod.
- Cabanellas, I., Eslava, J., Eslava, C. y Polonio, R. (2007). *Ritmos infantiles. Tejidos de un paisaje interior*. Barcelona: Octaedro.
- Ciccone, A. (2005). L'expérience du rythme chez le bébé et dans le soin psychique. *Neuropsychiatrie de l'enfance et de l'adolescence*, 53(1-2), 24-31.
- (2007). Rythmicité et discontinuité chez le bébé». En Ciccone, A. et Mellier, D. *Le bébé et le temps* (pp. 13-38). Paris: Dunod.
- Cuore, L. (2013). Reflexiones sobre el trabajo clínico. Presentado en la XXII Encuentro Interregional Fepal, Función Paterna, declinaciones, transformaciones, Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Montevideo.
- Díaz Rossello, J. L., Guerra, V., Rodríguez, C., Strauch, M. y Bernardi, R. (1991). *La madre y su bebé: primeras interacciones*. Montevideo: Roca Viva.
- Freud, S. (1976). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas de Sigmund Freud* (Vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Garbarino, H. (1986). *Estudios sobre narcisismo*. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Goldbeter, M. (2010). *La Vie socillatoire. Au coeur des rythmes du vivant*. Odile. Jacob. Paris
- Golse, B. (2006). L'être bébé. Presses Univéritaires de France. Paris Gómez Mango, E. (2009). *Un muet dans la langue*. Paris: Gallimard.
- Gratier, M. (2001). Harmonies entre mère et bébé. *Accordage et contretemps Revue Enfances et Psy*, 1(13), 9-15.
- Guerra, V. (2007). Le rythme entre la perte et les retrouvailles. *Revue Spirale* 4(44), 139-146.
- (2010). Papel de los objetos en el proceso de simbolización: los objetos tutores. Inédito.
- (2013). El complejo de lo arcaico y la estética de la subjetivación. Inédito.
- (2014). Indicadores de intersubjetividad 0-12 m. Del encuentro de miradas al placer de jugar juntos. Video documental, Asociación Psicoanalistas del Uruguay, Comité Outreach de la Asociación Psicoanalítica Internacional.
- Haag, G. (2004). Temporalités rythmiques et circulaires dans la formation des représentations corporelles et spatiales au sein de la sexualité orale. Colloque autour du: Enjeux pour une psychalyse contemporane.
- Hughton, L. (2003). *Vida y cartas de J. Keats*. Valencia: Pre-textos.
- Hustvedt, S. (1999). *En lontananza*. Madrid: Circe.
- Liscano, C. (2001). *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta.
- Maldiney, H. (1974). *Regard, espace, parole*. Paris: L'Âge d'homme.

RUP / 120: VÍCTOR GUERRA

- Marcelli, D. (2000). *La surprise: chatouille de l'âme*. Paris: Albine Michel.
- Meltzer, D. y Harris, M. (2000). *La aprehensión de la belleza*. Madrid: Grupo Cero.
- Meschonic, H. (2009). *Dans la bois de la langue*. Paris: L. Teper.
- Missonnier, S. (2007). Naître, basse continue et syncopes. *Revue Spirale* 44(4), 165-179.
- Ogden, T. (1994). *La frontera primaria de la humana experiencia*. Madrid: J. Yebenes.
- Pereira Da Silva, M. (2013). Uma paixão entre mentes: a funcao narrativa. *Revista Brasileira de Psicanalise*, 47(4) 69-79.
- Pontalis, J. B. (2008). Eloge de l'infans et la pensée revante. En Wald Lasowski, A, *Pensées pour le nouveau siècle* (pp. 280-295). Paris: Fayard.
- Prat, R. (2007). Le rythme dans la peu. *Revue Spirale* 44(4), 79-84.
- Press, S. (2014). La sexualidad en la constitución del sujeto psíquico y sus fracasos. Pensando el trastorno del espectro autista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 118, 68-82.
- Roussillon, R. (1995). *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2004). La dependance primitive et l'homosexualité primaire en doublé. *Revue Francaise de Psychanalyse*, LXVIII(2) 421-439.
- (2010). La dialectique presence-absence: Pour une metapsychologie de la présence. *Tribune Psychanalytique*, 9, 11-22.
- Sontag, S. (1993). Traducida. En *Cuestión de énfasis*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Thouret, D. (2004). *La Parentalité a l'épreuve du développement de l'enfant*. Approche Psychanalytique. Paris: Eres.
- Trevarthen, C. et Gratier, M. (2005). Voix et musicalité: nature, émotion, relations et culture. En Castarede, M. et Konopczynski, G, *Au commencement était la voix* (pp. 105-116). Toulouse: Eres.
- Tustin, F. (1996). *Le trou noir de la psyché*. Paris: Seuil.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Woscoboinik, N. (2008). El circuito de la pulsión en la comprensión de los trastornos del espectro autista. La vida comienza cuando empieza la mirada. *Revista de Psicoanálisis*, 65(3), 611-625.